

los días de la disidencia

manuel mejía vallejo

El muchacho estaba allí, a un lado la sombra nítida que el sol le sacaba. Cuando el viejo se acercó y pisó la sombra, el muchacho quiso levantar una exclamación de dolor.

—No has seguido tu camino —continuó el viejo. Había llegado como llega la noche, sin afán de probar su presencia. Cumplía un deber de costumbre. Lo miró de nuevo, como antes. Rostro quemado, manos más grandes y duras, botas herradas. El viento sacudía su camisa de dril.

El muchacho borró su gesto adolorido, miró a otro lado. Lentos los ojos, pesados: al fijarse en el viejo descargaron todo su peso, toda su fuerza, como una culpa que el otro no conocía.

—Lo he seguido. Mi culpa fue mi lealtad.

La sombra se retorció sin desprenderse. El viejo la miró, la miró el muchacho. Caía de bruces en el recuerdo como en un charco. Tal vez por lo poco profundo se aporreaba contra el fondo. Una infancia idiota rellena de padres, hermanos, verdades eternas.

—... Pero el camino se acaba y nos deja solos. Todos los caminos han sido míos. Todos los caminos están solos.

El viejo iba a poner cara dramática. —“Si la cosa parece tan grave, hasta Dios se rascará la cabeza” —pensó el muchacho.

—Este no es sitio para vos.

El viejo señaló la casa, la desolación de un paisaje trágico. El muchacho siguió las señales. Al principio también le disgustó el lugar, empujando por el trozo de montaña, parecido a un caimán que se pusiera a dormir su aburrimiento.

—Me gusta.

Nadie le llegó de visita. De cuando en cuando tocaba el viento a su puerta, pero él no le abría, así fuera noche de tempestad y fuera mucho el viento que tocaba a su puerta.

—Llega el viento —dijo el muchacho—. Llega el sol.

Volvió a mirar su sombra, otra vez tranquila, fiel a su lado.

—A veces llega la poesía.

El viejo aprobó, para negar. Se sentía extraño allí, señalando caminos que también desconocía. Era de los que hablaban poco porque tenían la razón y en unas palabras decía cuanto debía decir. Por eso se sentía extraño, hablando. Sus silencios habían sido silencios largos y ocupados.

—“Aunque nada hiciera, siempre parecía ocupado” —pensó el muchacho y se detuvo en las canas, en las arrugas, en la derrota sin protesta. En él dominaba la inercia: pero la inercia del camino, que al mismo tiempo conducía.

—¿Has escrito?

—No, padre.



Dijo "padre" como otra referencia de su incomunicación. Señaló el páramo, allí estaba escrito lo que debía saberse.

—Todos creían en tus relatos.

—¿Todos?

En la palabra supo un nombre propio, resumió la pregunta del viejo.

—Sí, la quise.

Pero no en lo que era, y a ella no le interesaba cambiar: le interesaba que lo que hiciera tuviera su aprobación.

—"Fui para ella una especie de fin de semana".

—¿Y ahora?

Ella tenía una cierta propensión a la tristeza si lo sentía lejano. Cuando reía era como si la sonrisa descuidada se hiciera más amplia y dolorosa.

—No. Ya no la quiero.

Tal vez querer, no querer, está condicionado a las palabras que nombran indiferentemente un afecto u otro afecto.

—Entonces nunca la quisiste.

Podría quererse un instante de una persona, un instante de uno quiso a esa persona o a un instante de esa persona, sin ser necesariamente ella. Pero el recuerdo sería otra manera de querer.

—El olvido también.

Parecía no necesitar puentes unitivos, las palabras eran continuación del silencio. El olvido sería el candado del cofre, parte del cofre: lo sella porque merece ser guardado lo que se encierra adentro.

—El amor es el gran encierro.

Como el olvido. En fin de cuentas uno vive para justificar sus defectos. El viejo respiró fuertemente, las palabras se volvían un resuello inútil, su presencia era también inútil. Se habían alargado.

—Todo lo dejaste. ¿Por ella? ¿Por la poesía?

Dejar las cosas, sencillamente, sin motivo inmediato. Alguna forma del cansancio, tal vez. Una derrota prematura. El muchacho señaló al páramo.

—El poema anda suelto en el aire.

Parte de su vanidad fue escribir poemas. En el viento andaban, en el oscuro cielo que inventa la mirada cuando la mirada se cierra para abrirse a lo que de verdad no tiene término. Hondo y ágil se ahondaba el poema en el día, en la noche —en su propia noche, en su propio día— y dejaba oír su verso al solitario, al moribundo, al enamorado, al que miraba más allá con todo su silencio.

—Hace ocho días —indicó su carabina colgada en una horqueta de guayabo— maté un gavilán.

Poderoso en el aire, bajo fuertes nubes, sobre las ramazones.

—Hace ocho días el cielo no tiene alas.

Se sintió ridículo al llenar de palabras la claridad de la tarde. Miró el cielo, hondo y frío. La sombra seguía al lado, otra sombra nacía del viejo, que también miraba el cielo. En alguna forma las miradas dejaban su sombra en el pasto, así eran de fuertes y cálidas.

—Me puse a escribir poemas como quien mata gavilanes. Son hermosos allá, libres. Escribirlos es

matarlos. Se convierten en palabras, en plumaje sin vuelo.

El viejo miró su sombra, tuvo temor de moverse.

—En la jaula cantan bien los pájaros.

El muchacho recordó el turpial de su casa, alguna vez pensó que, en lugar de él, cantaba el plátano maduro. El silbo tenía ese mismo color del turpial. Era estrecha la jaula, el silbo no cabía: salía filtrado, a rayas, como canto de prisionero. Las rayas del silbo se marcaban en la tapia de cal, junto a la de los helechos, parecida la sombra de los helechos a la sombra del silbo.

—El cielo es la única jaula de un pájaro que cante.

Las sombras se sacudieron la retórica, las palabras dejaban mala sombra en el pasto. El muchacho caminó lentamente hasta la corteza de un gran tronco vertical, sus dedos fuertes tocaron la rugosidad permanente.

—Esto...

La sombra se había movido con él, la del viejo continuaba inmóvil. Se habían borrado las sombras de su mirada hacia arriba, el vuelo de un gavilán ausente, nubes sin aquel canto rapaz que las sostuviera.

—Vengo de regreso —reiteró el muchacho.

—No has andado mucho.

—Todos los caminos.

Ahora pisaba las yerbas, amarillas por el último sol que se iba haciendo crepúsculo. Algunas sombras dejaron su rastro en algunos caminos.

—Se me quedaron varias sombras en los recuerdos.

El viento de los árboles se les acercó. Desde rato antes el viento andaba revolcando ramazones. Había tanta intensidad en la copa de los árboles estremecidos, que el viento salía en rachas verdes. La sombra tomó el color de las hojas de los árboles, con leche de sol.

El viejo empezó a comprender. Desde antes lo sabía. La sombra fugaz de un picaflor llegó a la flor, su sombra libó la sombra del dulzor en el cáliz. Era tornasolada la mínima sombra del picaflor, parado en el aire, en sus alas ya invisibles

para no interrumpir esa claridad, víspera de la noche.

El padre advirtió que su sombra estaba definitivamente vieja, más caída que siempre, más pegada al piso, como la sombra de la misma sombra. Hubiera querido levantarle el ánimo, darle una palmada en el lomo y decirle que no se diera tanto contra el suelo.

—La vida es lo único que nos queda —dijo, sin solemnidad—. Puede ser que el hombre no sea más que la otra puerta para mirar las cosas.

Pero está ciega la puerta y permanece cerrada. O tal vez solo alcanzará a ver otra puerta, cerrada y ciega como la anterior. Habrá otras puertas.

—El recuerdo, una de ellas —dijo.

—El recuerdo —dudó el muchacho. Aparecerán senos donde existió la avidez de una mano, ojos donde se tendiera una mirada amiga.

—Tal vez la inmensa porción de muerte que llevamos sea lo único que dé valor a la vida.

El viejo no sabía si aprobar, pesaban en él sus antiguos aprendizajes.

—“La vida me enseñó” —iba a empezar, calló con un silencio hospitalario. Uno es quien enseña a la vida las pocas guías que ella sabe.

La sombra del muchacho se sobresaltó levemente en el pasto amarilleado. Sus botas no produjeron ruido, como si anduvieran sobre el agua.

—Hay qué poner condiciones a todo aprendizaje.

Ahí el principio de la rebeldía. La soledad le había dado una manera enfática, que sería petulante si no la respaldara su nueva vocación. El viejo también lo recordó, de niño, evitó la moraleja.

—“Se alimenta de ilusiones” —decía, pero la madre argüía que las ilusiones deben acompañarse con pan, o sobarlas después de un buen asado, porque en sí carecían de vitaminas: ellas, las ilusiones.

—“Tal vez para quitar la sed pueden servir. Pero como alimento...”.

Era triste su voz al decirlo.

—“Te casaste con tus ilusiones”.

—“Tarea de las ilusiones es desilusionar”.

De allí venía todo: por subalimentarse.

El viento dejó de soplar. El cielo seguía allí, más atardecido, sin alas de gavilán que lo rayaran, sin el poderío de aquel vuelo. Las sombras de los dos hombres se iban metiendo en ellos, poco a poco.

Tal vez esa noche no dormirían, así permanecieran callados. Como lo estuvieron al principio en el corredor, sobre las sillas, escuchando el rumor del río, mirando las luces intermitentes de los cocuyos, las de alguien que en una ladera seguía la pequeña llama encerrada de un farol.

—De niño te gustaban las noches.

—Vos siempre andabas de noche. La noche se te parecía.

—“Venga, alúmbreme” —recordaba el muchacho la tierra, las voces, las luces de su infancia. Aún en el recuerdo el verbo alumbrar remedaba una vela en la noche. O en el farol ambulante, de tela blanca o rosada. O una linterna que iba guiando el camino perdido en la montaña.

Pero en cuartos y corredores, el —“Venga, alúmbreme”, adquiría dimensiones de conjunto, de temor, de secreto silencioso como la pequeña llama.

Apenas se dieron cuenta de que el sol había desaparecido, el crepúsculo más era un recuerdo en sus retinas, y el silbo de los últimos pájaros. Pero en ellos la luz del sol y de la tarde fue reemplazada por esa intermitente del farol lejano. La llama trataría de alumbrar en el farol.

—“Como canta el pájaro en su jaula” —casi dice el muchacho. Pequeña jaula de la luz, farol nocturno, ánima del fuego, sombra del otro sol perdido.

—Hace frío.

—El mismo frío de antes, viejo.

Escuchó cerca la respiración fatigada del padre, llena de pasado: sintió aquel olor de monte, cuando de niño le tocaba la barba áspera de tres, de cinco días; sintió su mirada, edad atrás.

—“Un hombre lleva un farol” —decía alguien en la noche farallonera, apartando de la boca un canto de la ruana.

—El farol es quien lleva al hombre —decía el muchacho, niño en ese entonces. Estrella de mano, temblaba la llama como un grito apagado contra el cuenco de una mano en desesperación.

—“Un farol lleva a un hombre por la oscuridad”.

Después sonaron las botas en el corredor, entraron hasta la chimenea, atrás las luces de la oscuridad, el rumor del río en la noche, el viento. Un caballo resolló afuera como si quisiera avivar el fuego recién encendido. Aroma de trozos de

monte seco, llama familiar sobre los leños Unidos para darse calor.

Y fue el regreso a otros años en la estéril vigilancia del pasado, hechos irreversibles, palabras que crepitaban y daban algo de fuego fatuo al fuego en la chimenea.

Al fin las llamas se inmovilizaron en una triple fatiga, en una fatiga cansada que hizo inmóvil la expresión de los rostros, inmóvil también el silencio de las palabras en el aire.

Cuando alguien revolvió las cenizas, las brasas supieron que había amanecido.